

LA SIEMBRA QUE YA EXISTE, LA PAZ MEXICANA EN PROCESO

Roberto E. Mercadillo Caballero

Cátedras CONACYT-Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa

Muchas de las reflexiones en torno a la violencia y la paz en México surgen de una perspectiva sociológica fundamental. Y es que es dentro de la estructura de nuestras sociedades, en sus instituciones y en su movimiento en donde queremos experimentar y vivir la tan añorada paz. En complemento a esta perspectiva, sin embargo, algunas propuestas biológicas y cognitivas suponen que la paz no se encuentra solo al exterior de los cuerpos humanos, en su sociedad abstracta. La paz es también una vivencia, una serie de experiencias internalizadas en nuestra mente y sentidas en nuestros cuerpos. Los científicos sociales mexicanos que estudian la cultura de paz son escasos y lo son aún más los provenientes de disciplinas biológicas. Pero, aunque escasos, estos últimos también tenemos algo que decir.

La paz y la violencia involucran una discusión sobre los hechos, los procesos y la cultura. Comenzaré la discusión con esta última aludiendo al antropólogo Clifford Geertz (1973), para quien la cultura es una herencia de significados, de símbolos y de creencias para comunicarnos y para desarrollar conocimiento y actitudes frente a la vida. Con esto en mente, aludo ahora a la definición de violencia que otorga la Organización Mundial de la Salud: “El uso deliberado de la fuerza física o el poder, ya sea en grado de amenaza o efectivo, contra uno mismo, otra persona o un grupo

o comunidad, que cause o tenga muchas probabilidades de causar lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones”. Es cierto que esta definición no reúne todas las diversas experiencias violentas vividas por personas y grupos, las cuales pueden variar en sus propósitos, consecuencias y motivaciones. No obstante, podemos coincidir, a juzgar por diversos reportes, en que la violencia en una sociedad se deduce, comúnmente, mediante la cuantificación: los números, las cifras y las tasas de lesiones, muertes, trastornos y privaciones ocasionados por la violencia, por el uso de la fuerza y el poder. Parece que la manera más sencilla de percatarnos de la violencia son sus *factos*, sus hechos consumados y cuantificables. Pero si bien pueden hacernos ver sus horrores, tales hechos no son la historia completa de la violencia; son la consecuencia de una cultura que, siguiendo a Geertz, los favorece mediante creencias, símbolos y estilos de vida permeados en nuestras instituciones, grupos, sistemas de educación, familia y acciones personales; de forma tal que casi percibimos la normalidad en sus expresiones, como una especie de inconciencia de la cultura violenta en la que estamos inmersos.

La paz se actúa, también, desde la persona, desde el compromiso empático de “los de a pie”.

La paz y la violencia son una dialéctica, un binomio. Si nos percatamos de la violencia únicamente a partir de cuantificaciones de conflictos y daños, esperamos a la paz, también, como hechos opuestos a la violencia, cuantificados como la ausencia de los conflictos. Esta forma de paz, entendida así desde la paz romana, pasando por la Paz de Westfalia en 1648 y llegando hasta los cuerpos de seguridad de las Naciones Unidas, justifica la intervención militar, las guerras y otras formas de sometimiento en pos de una ausencia de conflictos, que, aunque forzosamente, los inhibe. La pretendida paz —entendida como ausencia de conflictos— no es congruente con los procesos de evolución de la vida humana y de su sociedad, determinadas, ambas, por conflictos constantes. Pero, al igual que la de la violencia y la guerra, la cultura de paz (no la paz sola) involucra creencias y símbolos que transcurren en la historia, que se construyen y varían

de una civilización a otra. La cultura de paz es la búsqueda de formas y actitudes no violentas para mediar y lidiar con los conflictos que figuran en la vida humana, para comprender su origen y, a partir de eso, pensar y actuar su solución.

Curiosamente, la cultura de paz tiene importantes antecedentes en las ciencias biológicas, los cuales pueden rastrearse en El Manifiesto de Sevilla sobre la Violencia (David Adams, *The Seville Statement on Violence*, 1987), firmado apenas en 1986 por 19 científicos internacionales, tres mexicanos entre ellos, Santiago Genovés Tarazaga (antropólogo físico), Diana López Mendoza (psicofarmacóloga) y José Luis Díaz Gómez (psicobiólogo). Aunque surgido de las ciencias biológicas, El Manifiesto de Sevilla propone, paradójicamente, que la violencia no está biológicamente determinada, que los seres humanos no somos violentos por naturaleza, que la agresión es una adaptación para enfrentar situaciones dañinas, pero que la violencia no es una adaptación, es un aprendizaje cultural, una invención para el dominio y el sometimiento. Si la guerra y la violencia no son una fatalidad biológica, entonces, la misma especie (nosotros) que inventó la guerra puede también construir la paz.

El Manifiesto de Sevilla fue adoptado por la Organización de las Naciones Unidas en 1989, ordenando su difusión entre los Estados miembros. Dos de sus firmantes, el farmacólogo Federico Mayor Zaragoza y el neurobiólogo David Adams, se integraron a la Oficina General de la UNESCO, el primero como director general y segundo como funcionario. Confiados en que el terreno para cultivar la paz estaba preparado, en que la paz no es solo la ausencia de conflictos y en que se sitúa en la mente de los hombres, como se plantea en la Declaración Yamusukro (1989), diseñaron la primera Declaración y Programa de Acción para una Cultura de Paz, en 1999. Como binomio, la misión del programa es compensar la cultura de guerra mediante acciones contrapuestas, como lo plasma Adams (*Cultura de paz: una utopía posible*, 2014) en la siguiente tabla.

CULTURA DE GUERRA Y VIOLENCIA	CULTURA DE PAZ Y NO VIOLENCIA
Creencia de que el poder se basa en la fuerza	Educación para una cultura de paz
Tener un enemigo	Tolerancia, solidaridad y entendimiento internacional
Gobierno autoritario	Democracia participativa
Secrecía y propagandismo	Libre flujo de información y conocimiento
Explotación de la gente	Derechos humanos
Explotación del ambiente	Desarrollo sostenible
Dominación masculina	Igualdad entre mujeres y hombres

Gran parte de la labor de los autores de este libro coincide con las propuestas del programa para una cultura de paz. Son bien llamados *sembradores de paz* porque nos hacen ver que su cultivo en México, las acciones necesarias para alcanzar la paz, no son lineales, no son una receta de libro incompatible con la realidad y naturaleza caóticas del ser humano. Más bien, cual sembradores conocedores de su región y su clima, tiran semillas en espera de una cosecha y confían en un suelo fertilizado constantemente por experiencias dolorosas pero resilientes, por ideas y por acciones. Mencionaré algunas de estas siembras.

Desde Chihuahua, Carlos Fong expone su postura contra la militarización. Nos habla del uso de la fuerza militar y del aumento de la represión en su región, de los intereses económicos, ajenos a su pueblo, detrás de la explotación y el manejo de recursos naturales. Pero también nos habla de la historia y el inicio de los colectivos que luchan contra esos intereses y represión, de la complejidad de los conflictos para no reducirlos solamente a la falta de canales democráticos, sino para considerar la conciencia

de las personas que han vivido esa explotación y que actúan para mantener su dignidad. Por su parte, Fernando Ocegueda, desde Baja California, comparte que la violencia que él mismo ha vivido lo ha hecho adoptar la resiliencia como una vía para transformar su indignación y dolor en vehículos pro-sociales y cooperativos, en acciones para la paz.

Desde Michoacán, José Luis Segura Barragán traduce la contemplación en conciencia, plantea a la pobreza como reflejo de la violencia y a la paz como sinónimo de justicia. Nos habla de la rigidez de las instituciones eclesióásticas para demandarles que centren su realidad en obras sociales, así como de la dignidad y la esperanza como fundamentos humanos para permanecer en la constancia del cambio y para percatarnos de su florecimiento, que provoca alegría, amor y respeto.

Sobre la participación ciudadana, Raymundo Ramos habla de la formación del Comité de Derechos Humanos de Nuevo Laredo, Tamaulipas, así como del acompañamiento en el dolor a las víctimas y el acercamiento a las autoridades para favorecer el perdón, la reconciliación y la justicia. Por su parte, Jorge Verástegui, desde Coahuila, señala la labor para la búsqueda, armonización legislativa y atención a familias de personas desaparecidas, procurando espacios sanadores del deseo de venganza y de la culpa.

Con las siembras mencionadas quiero resaltar que la búsqueda y el cultivo de la paz no se sitúa de forma exclusiva en las instituciones o en la abstracción del Estado, aunque, por supuesto, son elementos imprescindibles en el cambio. La paz se actúa, también, desde la persona, desde el compromiso empático de “los de a pie”. Este subrayado no es banal, por el contrario, coincide con lo declarado en el Preámbulo de la Constitución de la UNESCO, 1946: “Que una paz fundada exclusivamente en acuerdos políticos y económicos entre gobiernos, no puede obtener el apoyo unánime, sincero y perdurable de los pueblos, y que, por consiguiente, esa paz debe basarse en la solidaridad intelectual y moral de la humanidad”.

Hasta aquí he planteado algunas ideas para comprender a la paz como un cultivo hecho por personas cuyas cosechas se reflejan (o se pretende) en la acción de las instituciones y del Estado. Ahora daré paso a algunas

perspectivas surgidas de mis áreas de estudio, las neurociencias, la psicología, la antropología y la complejidad.

En este libro se habla de las repercusiones de una cultura de guerra y violencia que hemos vivido en México desde hace varias décadas. Aunque vividas como largas y extenuantes, su origen es mucho más antiguo, sobrepasa el conteo de las décadas y nos coloca en el periodo Neolítico, hace aproximadamente 7,000 años. De acuerdo con hallazgos arqueológicos, la violencia estaba ya presente en las primeras sociedades de cazadores-recolectores y su incipiente cultura de guerra se observa con claridad en los primeros asentamientos humanos, en los albores de la agricultura (David Adams, *Cultura de paz: una utopía posible*, 2014). Es por eso que, además de las acciones urgentes que muchos mexicanos están llevando a cabo contra la violencia, debemos, a la par, aceptar su antigüedad para conocer las bases que la promueven y la posibilitan, para transformarlas en una nueva cultura que considere sembrar raíces profundas.

A la par de las acciones por la defensa de los derechos humanos, la igualdad y la justicia, creo que debemos pensar, juntos, activistas, académicos y funcionarios, qué tipo de nueva cultura, creencias y símbolos queremos desarrollar. Para esto, debemos pensar en cómo vamos a comprender la vida, cómo vamos a considerar el desarrollo y el bienestar, cómo vamos a concebir a los otros y cómo pretendemos relacionarnos con ellos y ellas, cómo desvaneceremos la noción de enemigo y de desigualdad antes de eliminar los actos desiguales en sí mismos. Como parte de las acciones, debemos mirar hacia los filósofos que han definido a la persona como un ser íntegro, con un cuerpo sensible, con voluntad, afectos, responsabilidad y libre albedrío, para que sea “la persona” y no nuestras atribuciones la que defina a los migrantes, a las víctimas, a los desaparecidos y a sus familiares, pero también a los gobernantes, a los militares y a los perpetradores.

Para cambiar la lógica de guerra y violencia que ha prevalecido los últimos miles de años creo que debemos pensar en estrategias cognitivas para que nuestra mente y la de los que vienen internalice nuevos conceptos sobre la persona y la vida. Las neurociencias nos dan algunas

pautas. A partir de investigaciones desarrolladas en México, sabemos que la función cerebral que posibilita la violencia, es similar a la que posibilita actos cooperativos y pacíficos; tenemos la oportunidad de elegir, racional e intencionalmente, la información que entra a nuestros cerebros para favorecer la cooperación y no la guerra (Roberto Mercadillo y Nallely Arias, "Violence and compassion: a bioethical insight into their cognitive bases and social manifestations", 2010). Sabemos que los miembros de las fuerzas públicas, los policías, pueden ser tan empáticos frente al sufrimiento ajeno, como puede serlo cualquier miembro de la sociedad; la empatía

Debemos pensar en cómo vamos a comprender la vida, cómo vamos a considerar el desarrollo y el bienestar.

es una actitud que puede desarrollarse mediante la educación y el servicio a los demás, sin importar nuestra posición o cargo social (Roberto Mercadillo, *Retratos del cerebro compasivo. Reflexiones en la neurociencia social, la policía y el género*, 2012). Sabemos que la insatisfacción con nuestra propia vida incrementa la indignación, que la indignación puede motivar el placer de la venganza y que las noticias expuestas en los diarios pueden favorecer el deseo de venganza en una especie de círculo vio-

lento interminable (Daniel Atilano, *Empatía y moralidad en jóvenes universitarios: Una aproximación neurosocial*, 2016). Sabemos que en la cultura maya del México actual, la compasión coexiste con la violencia y que la elección de una u otra se basa en la responsabilidad, en la educación y en el lenguaje (Roberto Mercadillo y María Cervera, "Compassionate and cooperative attitudes in Yucatec Mayan people: cultural and cognitive alternatives to violence", 2016). Los hallazgos neurobiológicos nos indican que es posible cultivar mentes pacíficas y pacifistas, sí. Pero el cultivo no es meramente un aprendizaje de conceptos, se refiere más bien a acciones que internalizamos, que deben llegar a formar parte de nuestra vida cotidiana. Para lograr la internalización y la escucha atenta es fundamental, escuchar lo que el otro, amigo o enemigo, tiene que decir. Un ejemplo de internalización para la cultura de paz se encuentra en la Declaración de los Derechos Humanos. Aunque elaborada en 1948, ningún

reporte científico se refirió a ella sino hasta 1990; a partir de entonces, su referencia supera las 10,000 citas. Debieron transcurrir 50 años para que los científicos, que habían “aprendido” los derechos humanos, los internalizaran como parte de su vida y los consideraran argumentos para la labor científica internacional. Me atrevo a decir que si ignoramos la función de nuestro cerebro y nuestra mente, la asimilación de los nuevos conceptos e ideas que configuran nuestra cultura de paz en proceso será igualmente lenta.

Con el auge actual de la epigenética (la acción de los genes dependiente del ambiente y las experiencias), se ha propuesto que el aprendizaje de las reacciones basadas en el miedo, pueden afectar procesos genéticos que se transmiten hasta tres generaciones. En efecto, los nietos pueden tener disposiciones a la ansiedad y al miedo heredadas por las experiencias traumáticas de sus abuelos (Bryan Dias y Kerry Ressler, “Parental olfactory experience influences behavior and neural structure in subsequent generations”, 2014). Estamos, entonces, en un punto crucial para pensar acerca de las nuevas generaciones no nacidas, cuya memoria biológica y no solo simbólica, familiar o cultural, guardará los efectos de varias generaciones de violencia, sufrimiento y resentimiento en nuestro país. Estamos en el punto de pensar e implementar, hoy, las políticas públicas en salud mental para lidiar con esos problemas mañana y romper el círculo de la animadversión, el rencor y el miedo. Académicos, activistas y funcionarios debemos trabajar, juntos, en ello.

Las instituciones del Estado son un medio cultural que puede favorecer la violencia o la paz, pero no son la cultura humana en sí misma. Sin pretender caer en una visión simplista del cambio individual que ignora la historia de lo humano y el pesar de los otros, desde la complejidad, creo que este libro puede y debe llevarnos a cultivar una base nueva y alternativa surgida tanto desde la individualidad como de la colectividad, que no ignore la responsabilidad del poder político, pero que tal poder sea el reflejo de nuestras propias mentes. Tampoco pretendo basarme en las buenas intenciones: por la paz se lucha, mediante exigencias y con estrategias. Los autores de este libro son ejemplo de ello.

Anticipo que para quienes vivimos hoy será difícil (o imposible) ver cosechada la cultura de paz como hecho, como *facto*. Pero la cultura de paz en un proceso paulatino y cotidiano, como existencia, ya la estamos viviendo. La hemos comenzado a cultivar desde hace tiempo; algunos de forma más consciente, otros sin darnos mucha cuenta. Nos queda, por ahora, atender su existencia, notar los actos logrados, aprender de ellos y aceptarnos como sembradores.

